

MANTILLAS Y CLAVELES

Jueves Santo.—Si cuando ríe la mujer española da a su faz una gracia característica y a su risa unos arpegios de filomela, cuando está triste, su rostro se torna de una belleza divina que hace pasar por nuestra imaginación las vírgenes de la Pasión.

Hace años, ataviada como personificación de azucena, pasando las cuentas de un rosario, conocí a una muñeca de ojos garzos que miraban al Crucificado por la tupida blonda de la alba mantilla, haciéndome olvidar durante los días Santos, al humilde hijo del carpintero de Nazaret.

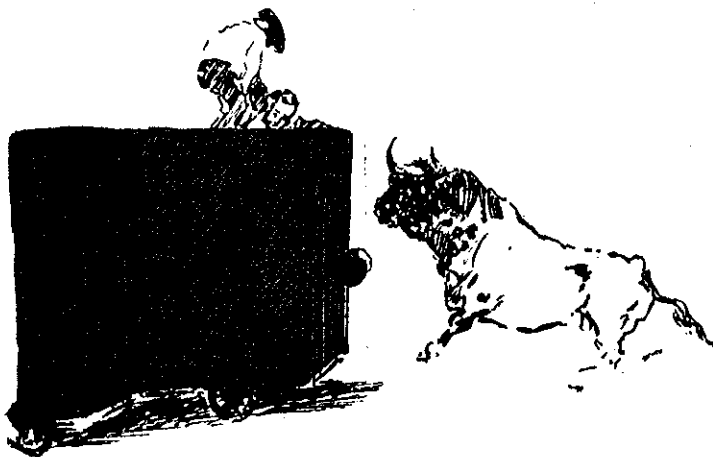
Este año también me ha hecho sentir amor, al mismo tiempo que cruzaba ante mí el Nazareno...; Y también como todos los años, he perdonado aquella muñeca humana, aquella niña romántica que tanto quise...



Viernes Santo.—Hacinadas en un lóbrego rincón de la Catedral, un grupo de viejas — montón de huesos forrado de pergamino — sisean una oración; el sacerdote canta las bellezas de la Religión de Cristo con voz gangosa y entrecortada, y la caraca suena lúgubre en la torre...

Es la tarde de Viernes Santo.

Los hombres fraternizan obligados por la influencia del ambiente que nos habla de amor; la Naturaleza toda parece vivir otra vida; el incienso perfuma el lugar santo amalgamando su humo con las preces que ruegan al Salvador una feliz eternidad...



¡Viernes Santo! Dichoso día fuiste para mí en otros tiempos en que el mundo me sonreía; este año me has traído recuerdos dolorosos que adicionados a mis penas me han lacerado el corazón, ahito de sufrimientos... Pero aun siendo doloroso, bien venido fuiste Viernes Santo, único día que gozas del privilegio de purificar el amor hacia Dios, haciendo lavar a la Humanidad con lágrimas de arrepentimiento las múltiples manchas del pecado.

Domingo de Resurrección.—Con un calor agosteño alumbra el sol a la tierra, haciéndose co-partícipe de la alegría de los hombres.

Ruido de látigos y cascabeles; voces de alegría y rodar de coches engalanados según la usanza de la fiesta taurina; vino y chulapería en abundancia, y claveles y caras bonitas en más abundancia que el vino...

El coso taurino espera con ansiedad la salida del primer toro, en tanto que un pacífico monosabio filósofo sentado en el estribo de la barrera, haciendo profecías sobre la suerte que correrá el flácido caballo que custodia.

De pronto la plaza se alborota; pisa la arena el primer toro, y un torero andaluz muy bravío, al abrirse de capa se sacude la pereza causada por el calor, agitando los caireles de oro tantas veces regados en su propia sangre.

José RECIO RODERO.

Dibujo de R. Cueva

